

Clarín

Precio del ejemplar \$ 0.10

Buenos Aires, marzo 4 de 1920

Año I - N.º 19

Los nuevos caminos



El capital :
La cuesta es pesada, sin duda, pero no hay más remedio que marchar.

Ateneo Universitario

Fundado en Abril de 1914

EL ATENEO UNIVERSITARIO es una institución de estudios, absolutamente desvinculada de la política—en cuanto esta es sólo función electoral—y de todo sectarismo partidista.

Se propone estimular los estudios de interés general que traspasan los dominios de las especializaciones científicas, profesionales y técnicas.

Organiza anualmente un curso de conferencias, y lleva a cabo entre sus socios, ciclos intensivos de estudio.

Maipú 126

Los socios activos del Ateneo abonan una cuota mensual de dos pesos.

Se remiten folletos explicativos a quienes los soliciten.

Acaba de aparecer:

PROTASIO LUCERO

(Un porteño en provincias)

por

B. González Arrili

De venta en todas las librerías

\$ 2 m/n.

EDICIONES SELECTAS
AMERICA

Cuadernos mensuales
de letras y ciencias

Número suelto 0.20

BUENOS AIRES

Si le interesa el georgismo
lea el libro:

EVITEMOS LA GUERRA SOCIAL

por

C. Villalobos Domínguez (3 \$)

y el folleto

**Nuestro Feudalismo y la salvadora
doctrina georgista (20 cts.)**

del mismo autor

Librería de Tomás Pardo y Cía.

:: Maipú 620 — Buenos Aires ::

COOPERATIVA

ARTISTICA

Materiales finos para artistas. Grabados,
aguafuertes y modelos.

Marcos de estilo. - Artículos generales
para ingenieros, arquitectos y
dibujantes. - Copia para planos.

CORRIENTES 641-47

U. T. 2838 - Avenida

Clarín

PUBLICACION SEMANAL DEL ATENEO UNIVERSITARIO

APARECE LOS JUEVES

Suscripción semestral: \$ 2 m/n. Número suelto: 10 cts.

No se atienden pedidos que no vengan
acompañados del importe correspondiente

Redacción y Administración

Maipú 126 - Buenos Aires

Clarín

Aparece los jueves

REVISTA SEMANAL

Redacción y Adm. MAIPU 126

Los comicios del domingo Hay que decidirse

por

Jorge David Requena

AUN los que acordamos a la política en sí un valor muy relativo, aun los que observamos cómo la vida de los pueblos civilizados se desarrolla ajena al tejemaneje de las bregas partidistas, hemos de comprender que las elecciones del 7 de marzo—preferentemente en la capital de la República—adquieren contornos de extraordinario interés. Es que, en efecto, preséntase ahora oportunidad magnífica para propinar un recio empujón a esta gente obtusa del gobierno, que ha desorganizado la administración pública, que ha relajado todos los resortes institucionales, que, con singular desvergüenza, ha puesto en uso viciosas corruptelas de vario linaje, y que, por fin, ha entronizado en las llamadas altas esferas el reino de la incapacidad y de la ignorancia. Si para algo sirve la política y su primordial instrumento, el voto, ha de ser en el presente caso, para expresar nuestra oposición firme, enérgica y tenaz. Y de eso se trata.

¿Cómo orientarnos en la tupida selva del electoralismo porteño? La solución, si bien se mira, no es difícil. Veamos.

Frente al radicalismo, escindido en fracciones personalistas y en sectores de diverso color, álzanse dos entidades capaces de batir en las urnas a los secuaces del señor Irigoyen. Una de ellas—la que lleva las de perder—se titula Partido Demócrata Progresista. Otra es el conglomerado proletario donde en armonía policroma conviven el rosa pálido de ciertos dirigentes con el rojo subido de muchos afiliados. Además, sin probabilidades de éxito, toma parte en la lucha el Partido Socialista Internacional, que en repetidas ocasiones ha revelado tener recto criterio para encarar los sucesos mundiales de mayor trascendencia. Si buen golpe de juventud avanzada no ayuda, pues, a los hoy adheridos a la Tercera Internacional es, simplemente, porque teme facilitar con dichos sufragios a

pérdida segura, el triunfo de los que se mueven según la voz de mando impartida desde la Casa Rosada. La oposición, para serlo, exige a los independientes una primera virtud: eficacia.

Pero, ¿podemos nosotros, gente joven y anticonservadora, ser opositores favoreciendo a los sedicentes demócratas? Nunca. Nunca jamás. La lista que tales señores combinaron semeja una nómina presurosamente fraguada por teléfono y hasta si se quiere, consultando la «guía social». Es la lista del Jockey Club, es la lista del Círculo de Armas, es la lista de «La Nación» y de «La Prensa». Es la lista en que aspira a condensarse el turbio pasado, insertando apellidos de reaccionarios furiosos, de católicos con lisfraz liberal, de tiburones del régimen, de defensores de la Liga Patriótica. Así cómpense en apretada ringlera a Enrique La Rosa y a Carlos Ibarguren, a Ezequiel Ramos Mejía y a Rodolfo Moreno. Nombre todos sospechosos y que no pueden contar, de ningún modo, con el apoyo de las nuevas generaciones argentinas. El pasado urde ridícula, vana y torpe maniobra tratando de proyectarse en el presente. Y nosotros, la gente joven anticonservadora, desechamos lo pretérito y pugnamos por desasirnos de lo actual. Malo fué el «régimen». Detestable es la «causa». Ni con el uno ni con la otra. Mejor dicho: contra el uno y contra la otra.

Queda, empero, una tercera fuerza, ya que es imposible el maridaje con los que —a pesar del rótulo—no son demócratas y no son progresistas. Queda la ya citada fuerza obrera que presta colaboración, aunque no unánimemente, al viejo Partido Socialista. Cierto es, que varios jefes y sub-jefes han bastardeado la pristina doctrina de la lucha de clases; cierto que, en exceso dúctiles, algunos parlamentarios se han aburguesado un tanto; cierto también que el Comité Ejecutivo presta enorme aten-

ción a las campañas electorales y todo lo aguarda del Divino Parlamento Nacional; cierto, en fin, que viene descuidándose cada vez más el movimiento sindicalista y cooperativo. De ahí que la propaganda del vigoroso organismo bonaerense se resienta, por culpa de los directores, de marcada vaciedad y de no poca desorientación. El programa mínimo ha hecho olvidar los ideales de integral emancipación económica que guían a las nutridas huestes trabajadoras.

Nosotros, por lo sucintamente expuesto aquí, nos traicionaríamos si recomendáramos en conjunto esa boleta heterogénea que el Partido nos brinda. Claro está que, si no votemos a Dickmann, a Spinetto y a de Andreis, sufragaremos gustosos, en cambio, por González Maceda y Castiñeiras, por Pinedo y Muzio. A los independientes que siempre los acompañamos, cumplenos ahora, en nómina tan numerosa, verificar prolija selección.

Nadie ignora que muchos de los que en CLARIN colaboramos, por sentirnos realmente socialistas, socialistas sin taparrabos, no estamos inscriptos hoy en el Partido; nadie ignora, asimismo, que otros, hace algún tiempo, nos separamos de las filas por estimar que se estaba ya entonces errando la senda. Los socialistas tipo de Formoso son, a lo sumo, radicales a la europea. Creen, ingenuamente, en la sacrosanta colaboración de clases...

No redactaremos el párrafo postrero sin demostrar nuestra profunda extrañeza por la inclusión de Lisandro de la Torre, inteligente líder de sano espíritu liberal, en esa lista demócrata, en la que—para definitivo y total descrédito de la misma—solo habría que insertar al Chauvin criollo, presidente de los patrioterros.

Punto final: con las reservas propias del momento, pensamos que es menester acompañar en las elecciones venideras a los núcleos afines. Quien esto escribe sufragará—tachando previamente tres o cuatro nombres—por la lista que encabeza Justo. ¿No cree, acaso, el lector que es la decisión *menos mala* de cuantas son factibles?...

El descontento es el primer paso en el progreso de un hombre o una nación.

Oscar WILDE.

Asuntos universitario

La verdadera reforma

por

Lidia Peradotto

TRIPLE es la función de la enseñanza superior: a) elaborar y perfeccionar la ciencia; b) enseñarla, ya a los futuros especialistas, ya a los que aspiran a conocerla con un mero fin profesional; c) divulgarla, es decir, poner al alcance del pueblo sus resultados principales, convirtiéndola así en instrumento de cultura nacional.

Elaborar, enseñar y divulgar la ciencia es, en síntesis, el objeto de la Universidad que las distintas Facultades deben actualizar en grado diverso según la propia índole, el estado de cada ciencia y las necesidades sociales del momento histórico.

Atañe a cada uno de los aspectos de la función universitaria un problema fundamental: el de la investigación científica al primero, el de la docencia al segundo y el de la extensión universitaria al último.

¿Qué atención depara nuestra Universidad a los tres problemas? Nadie ignora que la investigación científica ha sido hasta hoy preocupación de pocos y que la extensión universitaria—de suyo tan importante—no ha recibido aún una solución seria.

Es que nuestras Facultades, hasta el momento, han atendido, casi exclusivamente, el segundo de sus objetos y en una de sus fases; todo lo hemos subordinado a la formación profesional; a ello nos indujo, sin duda, nuestra ideología forjada esencialmente en los moldes del positivismo.

Diríase que Europa con sus mercaderías nos enviaba, con cierto atraso, la ciencia, que nuestros maestros se encargaban de propinarles después de una asimilación más o menos laboriosa y completa.

Mi aserto, aunque arduo, es fácil de comprobar. ¿Quién no podría subrayar en cada Facultad los pocos que profesan una ciencia propia? La mayoría de nuestros maestros no afirma nada, pues, que lo afirma todo; distamos mucho todavía de los hombres que se afirman a sí mismos. El advenimiento de estos hombres en las cátedras debe ser, a mi entender, el propósito concreto de la Reforma Universitaria. El núcleo de la sonada Reforma es cuestión de maestros; lo demás: verba, verba.

Si nuestros maestros no gozan hoy y aquí del prestigio y confianza que quisiéramos como aureola de tales varones es, ¿quién lo duda?, porque carecen de preparación científica y didáctica. Y, ¿cómo pretender esas virtudes si se comparte la cátedra, de por sí absorbente, con otras actividades más o menos afines? ¿Cómo, por otra parte, exigir una dedicación completa a una labor mal retribuida, asequible más por los golpes de la azarosa política que por una firme vocación y un aprendizaje lógicamente reglamentado?

Algo más hay que advertir: nuestro desmedido afán por ascender. Esta cualidad, que en forma mesurada constituye una virtud, reviste entre nosotros una faz dolorosamente aguda, de tal suerte que, ya no nos acicatea, sino nos hiere, restándonos así esa placidez de espíritu necesaria para bien obrar.

Ni bien somos discretos maestros de grado, aspiramos a la cátedra de enseñanza secundaria; una pequeña y a veces supuesta holgura en ella nos hace desear la silla universitaria; no aspiramos al sillón ministerial porque... y así el número de prececes, a menudo proceces, aumenta día a día...

Es menester terminar también con ellos; si no tenemos hombres para ciertas cátedras, formémoslos, y mientras tanto, permanezcan ellas vacantes. No ha de ser siempre el «caso» de llenar puestos con los ojos fijos en la asamblea universitaria...

Nosotros, pueblo joven, enfermo de democracia, solemos convertir todos los problemas en cuestiones electorales; en aras del voto igualitario estamos dispuestos a sacrificar lo excelente y permitimos así que el número sofoque la calidad.

Estoy plenamente convencida que la zarandeada Reforma no dejará de ser una expresión tan bonita como vacua, hasta tanto no se la planteé en su aspecto esencial: reforma del profesorado.

Depúrese y fórmese el cuerpo docente para que pueda con real idoneidad perfeccionar, enseñar y divulgar la ciencia; alcanzaremos con ello la normalidad y cada uno ocupará su sitio: los profesores serán maes-

tres y dirigirán; los alumnos seremos discípulos y estudiaremos, y el estudio será entonces una cosa seria.

La juventud universitaria que medita, frente al espectáculo que ofrece de un lado nuestra enseñanza superior superficial y vacua, del otro las hazañas estériles de los que convirtieron el gobierno universitario en diatriba electoral, sin fatuidad pueril y lejos del ánimo el afán de agraviar, debe aplicar su modesto esfuerzo al estudio del problema y proponer las soluciones que le sugieran el honesto afán de saber y la crítica a los malos maestros, deseosa de verlas aplicar, con todo rigor, a los postulantes que salen de sus filas.

Si el profesor incompetente fué hasta hoy tolerado en la cátedra, sería a todas luces absurdo que lo admitiéramos después de tanto análisis, y no sólo absurdo, sino indecoroso fuera que uno de esta generación, que con gesto tan viril repudió «ignavia crítica», aspirase a esos puestos, no para honrarlos, sino en busca de lucimiento. Nuestra tan mentada honestidad mental correría la suerte de ciertos huesos como petulantes «ismos»...

Creo yo que la complejidad de la función universitaria, bien exige tres categorías de profesores que marcarían a la vez las etapas de su profesorado: el profesor adscripto, el suplente y el titular.

De ello me ocuparé en la segunda parte de este artículo.

Temas de la ciudad

La banda municipal

por

Leopoldo Hurtado

POCOS espectáculos habrá en esta ciudad que nos reconcilien tanto con ella, como el de la Sociedad Rural los domingos por la noche. Aquella multitud que se reúne con fines artísticos en el recinto de los toros valiosos, viene a ser un exponente y un símbolo de nuestra civilización: primero, la industria fundamental, la potencialidad financiera que es la base de nuestra grandeza; y luego de noche, embellecido y sutilizado el ambiente, abierto el espíritu a la inmensidad del cielo, la muchedumbre congregada para un propósito verdaderamente superior, dando así a aquella grandeza de la materia un alto significado espiritual.

Vése así compendiado en aquel ámbito un aspecto de nuestra evolución, que es en su comienzo la posibilidad económica, la sustitución necesaria de la abundancia, y luego, sobre aquella apoteosis de lo material, el florecimiento espiritual que le da sentido, la hora del arte en que se revela, la serenidad estelar, la posibilidad estética de la raza.

Pero no es de este contraste, hurto significativo, del que quería hablar hoy, sino de su desproporción; porque si bien, en cuanto a lo material, hemos llegado a un esplendor insuperable, y nuestros toros son los mejores del mundo, no se puede decir lo mismo, como sería de desear, de nuestra música.

Tal desproporción nos obliga a redoblar todo esfuerzo que tienda a hacerla desaparecer, empezando por la educación musical del pueblo, ya que la música, el arte social por excelencia, así lo exige para poder existir.

El más exigente no podrá dejar de reconocer que, en este sentido, mucho ya se ha hecho. El progreso de la masa popular en

cuanto a su educación musical es sorprendente, y los conciertos dominicales de la Rural así lo demuestran. A la larga, va infiltrándose en el público un vago interés, un espíritu propicio, un verdadero despertar para tanta emoción que le era desconocida.

Pero si nuestra cultura musical ha ganado en extensión, fáltale profundidad y sentido. Este es el defecto total de nuestra instrucción, y la música no escapa a esta falla; aseméjase a esos ríos playos, a los cuales hay que canalizar para que sean útiles. La falta de esta profundidad y sentido nótase en el hecho de que habiendo tan buen conservatorio, la pedagogía musical permanece en el más lamentable atraso. Se fabrica a toda prisa maestros y más maestros, vulgares tocadores de piano, cuando se debe producirse, por excelencia, músicos: educar el buen gusto y no las manos.

Pero esta es otra historia. Veamos solamente cómo la Banda Municipal, que por su popularidad, su organización y los medios de que dispone es uno de los principales organismos educadores del pueblo, cumple su misión.

De una primera ojeada a sus programas, notamos de inmediato la falta absoluta, no ya de un criterio didáctico, sino hasta de buen sentido artístico. Allí todo se mezcla, escuelas y autores, en el más pintoresco desorden. Wagner se codea con Saint Saëns, y Williams sale junto a Beethoven. Lo bueno se mezcla a lo malo; lo antiguo a lo moderno, formando el más estafalario port-pourri.

No obstante, del abigarrado conjunto empujamos por destacar las anomalías de más bulto, los pecados capitales de lesa arte.

«A tout seigneur... Comencemos por las sinfonías de Beethoven. El director comete el grave error de no tocarlas íntegras; ape-

nas si figura por allí algún tiempo suelto de la Quinta o de la Séptima, o sean las más conocidas; y hay una falta grande de criterio en dividir esas obras, que no están formadas como es sabido por trozos aislados, sino que constituyen un todo armónico. Además, podrían tocarse las sinfonías Primera a Cuarta, que son las menos conocidas, así como la Octava, y se prestaría con ello un gran servicio a quien no tiene oportunidad de oírlas. En cuanto a la Novena, ya hablaremos luego de ella. Por añadidura, se tocan generalmente los tiempos lentos, que no siempre en Beethoven son los más interesantes, sirviéndose quizá con esto la predilección melódica del público. Y en esta servidumbre al mal gusto popular está la mayor falla de los conciertos; se adula al público en vez de corregirlo; allí es donde debe cuidarse con mayor esmero de los programas, porque se trata de educarlo, y toda educación es contrariedad; solo que se debe contrariar con agrado, conforme al buen principio pedagógico.

Habrà de notarse también, en los referidos programas, la frecuencia con que figuran trozos y hasta actos íntegros de ópera; y no sólo de aquellas óperas que por su factura instrumental pueden sufrir este trasplante, sino de aquellas que ya en el teatro, y con toda propiedad, nos resultan insoportables, como la «Favorita» o la «Praviata».

Imagínese lo que ha de ser un acto de estas óperas, en banda, con sus recitados a base de clarinetas y fagot, en una torpe imitación de la voz humana, y sus acompañamientos acompañados y ridículos! Aquello resulta sencillamente atroz; pero no falta quien ponga los ojos en blanco en los inevitables calderones, o reconozca un escaso melodías de su fonógrafo. El nivel de la audición debería estar por encima de la música de disco y púa.

Se me dirá que el público bonaerense es decidido partidario de la música italiana y que la banda misma, con su director, no pueden renegar del origen. Pero aún en ese caso, y dando por bueno el argumento nacionalista, algo muy superior se podría hacer. Allí tiene el director a su alcance, el riquísimo tesoro de la música italiana antigua, que recién ahora está saliendo a luz, la más hermosa restauración artística de estos últimos años, obra de irredentismo que también está dirigida por D'Annunzio el Magnífico y que dará a Italia el más admirable patrimonio musical de Europa. Sin embargo, para los italianistas, todo esto es como si no existiera.

Entre los pecados veniales, podríamos anotar la inclusión de obras exclusivamente pianísticas, como ser el minuet de Paderewsky, y las rapsodias de Liszt; otras de poco valor artístico y de mera virtuosidad instrumental, como el moto perpetuo de Paganini, para clarinetes; y la repetición excesiva de obras cuya escasa importancia no justifica tal predilección, entre las cuales figura el Himno al Sol, de Mascagni, muy teatral y bastante vulgar; la buliciosa y pintoresca, pero mediocre «Ouverture Solenne», de Tchaikowsky; y las «Cavallerías» y «Aidas» de toda ocasión. Entre tanto, yacen en el más lamentable olvido infinidad de obras interesantes y útiles, entre las cuales mencionaríamos, como ejemplo, las dos o tres obras para banda del mismo Beethoven.

El director, flamante Cav. A. Malvagni—muy meritorio y simpático desde luego—confunde un poco dirección de banda con gimnasia sueca. La exuberancia del gesto llega a convertir, a veces, la audición en un espectáculo. Pero esto no tiene importancia; si la tiene, en cambio, la anarquía que reina entre muchos instrumentos, la

confusión de timbres, la falta de equilibrio entre las partes y la mala interpretación, decididamente falsa, de muchas obras. Las de Wagner, sobre todo, muy repetidas en sus trozos conocidos,—y siempre los mismos,—padecen de incompreensión y de poco carácter. Se «italianizan» demasiado en esos matices exagerados y efectos falsos con que se tocan.

Pero lo que es imperdonable, es que la banda, con los elementos con que cuenta, no esté a la altura de su misión. Si a Malvagni se le debe lo que hoy se ve, y es justicia reconocerlo, también es justo reconocer que se ha quedado a mitad de camino.

Clarín

Quando se cuenta con un conjunto instrumental y una masa coral disciplinada como la del Colón, no hay derecho de emplearlos en la ejecución de óperas anticuadas, verdaderos «cauchemars», al decir de Berlioz. Allí se impone dar la Novena Sinfonía de Beethoven, para que el pueblo se familiarice con lo sublime y se redima por el arte. No importa que no entienda, al decir común, porque ¿quién está seguro de entender?... Pero lo que nadie dejará de percibir, y eso es lo fundamental, es la presencia ciclópica del genio que se cime sobre esa tempestad del sonido, aquel contacto con la pasión sobrehumana que nos alivia y aclara la propia vida.

En la patria de Rodó

J'acuse...

por

Vicente A. Salaverri

SE ha dicho que el hombre, morfológica, psicológica y hasta moralmente, se asemeja al mono. Muchos actos, al parecer espontáneos, no son sino reflejos, automáticos. Medito sombríamente, viendo las páginas de los diarios llenas con un solo nombre: Rodó, Rodó, Rodó...

Triste destino este de los artistas que llegan a quedar como excepcionales, casi genios. Mientras viven, se les regatea la consideración, y cuando se mueren, se les colma de honores.

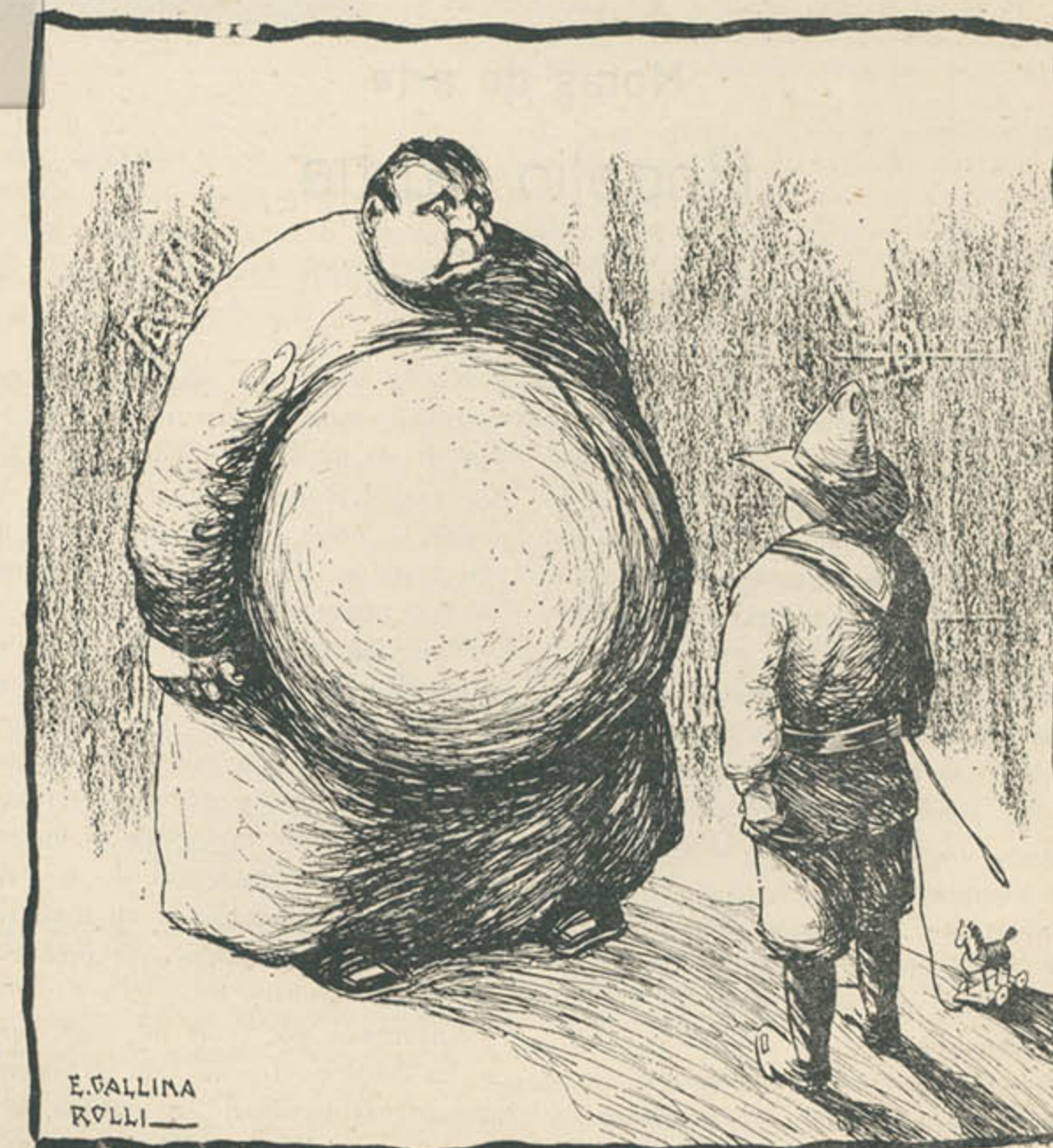
Como el sepulturero trágico echa palenques de tierra sobre los despojos hediondos, nosotros acumulamos apologías nauseabundas sobre la gloria.

¡Y a fe que no hacen falta! Se me dirá

que con Rodó no hemos sido injustos antes. Que lo despedimos en forma apoteósica. Es verdad; lo despedimos porque se iba; hubiéramos permanecido indiferentes—y hasta hostiles—si se hubiera quedado. Además, con Rodó se había hecho últimamente una bandera política. Los que decían admirarlo más fueron los que le perjudicaron más, porque irguiendo su nombre, henchido de prestigio literario, lo expusieron a recibir los ataques que ni para la más pura gloria faltan, cuando se invade el campo de la politiquería, fertil siempre en guijarros y en abrojos.

Rodó no era sustancialmente político y no debió ir a la política nunca. En la política se achica el nivel intelectual de Ro-

Nueva interpretación



—Ya sabes: «Amar a Dios sobre todas las cosas»; sobre todas las cosas... exceptuando el Clero, el Capital y el Militarismo.]

dó. Yo recuerdo su figura desmayada, perdida en los escaños del Parlamento, obscurida por el coro de mediocridades que la circundaban. Y sus discursos—los dignos de perdurar—caben en un breve folleto, porque no merecen incluirse esos ditirambos que pronunció Rodó al morir determinados políticos.

Rodó no debía haber ido nunca a la Cámara, pues necesitaba muy distintas protecciones. Cuando la alta crítica consagrara las excelencias de «Ariel», Rodó debió ser mandado a un país de alto nivel cultural, como por ejemplo, Francia. Y Rodó habría viajado... Y Rodó habría hecho vida tal vez más intensa...

Y entonces sí: Rodó habría sido un artista completo, sin la gélida serenidad que hace dificultosa la lectura de «Motivos de Proteo». Porque hemos de ser francos, señores: ni los ciudadanos que echaron discursos estos días han leído desde la primera página hasta el colofón de «Motivos de Proteo». Pasa que es de buen tono decir que se han leído las obras de Rodó, como es de buen tono alardear de deleitarse con el «Quijote».

Por eso recuerdo al principio que morfológica, psicológica y hasta moralmente, el hombre se parece al mono. En esta apoteosis de hoy, va mucho de inconsciente y de reflejo. La multitud afluye, más por curiosidad que emocionada. Hemos decretado grandes honores al cadáver—¡al cadáver, oh sarcasmo!—. Pero los hemos decretado acordándonos de lo que se hizo en el novelero París, cuando se murió Víctor Hugo.

Cuán poco es el dolor sincero. Lo pruebo aludiendo a la trivialidad de los comentarios periodísticos y de los discursos. A Rodó se le han hecho apologías comprimidas y latas, pero la página que emociona, porque así vis me flere delendum est, primum ibi tibi, como dijo el clásico, muy pocos ¡ay! la han compuesto. Algunos han estampado su breve nombre al frente de un grueso libro para exhibirnos su ridícula vanidad ego-

lática. Decía Oscar Wilde que cuando un gran escritor se muere, de entre sus discípulos, Judas es el que escribe la biografía.

Pero no dejemos el verdadero asunto de nuestra condenación. Quiero gritar bien alto que lo que hacemos ahora con Rodó, es insincero y es absurdo. Rodó no será grande por la cantidad de metros de crespón que se le pongan a los arcos voltaicos, acto ese que no tiene otra consecuencia que la de favorecer la prosperidad de media docena de tenderos. Rodó, que no fué filósofo excepcional (ni siquiera comparable a este Vaz Ferreira que hasta que no sea también cadáver, tendremos un poco desdoblado), Rodó—repito—fué grande por la alta orientación de su prédica y por el maravilloso estilo ornamental con que se expresaba.

Si como ciudadano fué probo, no hizo sino cumplir con su deber. Y no es cosa de ir colocando en los cuernos de la luna a las simples personas decentes, so pretexto de que abundan los canallas. Exageramos la nota por un prurito simiesco. Hemos querido hacer tanto, que no hemos hecho nada. Práctico al menos, nada. Se apagarán los blandones que lloran su cera en torno al cadáver de Rodó, aquel Rodó del cual nos reíamos un poco aviesamente al verlo sucio y con los botines desatados; han de extinguirse los acordes de las marchas fúnebres que se ejecuten; se disolverá la muchedumbre después que el féretro haya sido puesto en el Panteón...

Y los pobres artistas, los muchachos soñadores que acaso un día pudieran igualar la gloria intelectual de Rodó, seguirán despañados, sin ambiente, ni estímulo. A lo sumo harán con ellos lo que hicieron con Ernesto Herrera, formidable intuitivo pero casi analfabeto: mandarlo a un Liceo departamental para que no enseñara literatura—¿y cómo había de enseñar si no sabía?—a los muchachos pueblerinos...

Vicente A. Salaverri

Montevideo, febrero 29 de 1920

Notas de arte

Rogelio Iruetia

por

Francisco de Aparicio

EL impulso renovador que como una necesidad impostergable se advierte hoy en todos los órdenes de la actividad humana, ha repercutido hondamente en nuestro país, alcanzando también a las esferas artísticas, las que a menudo quedan, entre nosotros, relegadas a lugares secundarios.

Una comisión de bellas artes, tan falta de idoneidad como de interés en el desempeño de sus funciones, acaba de sucumbir al primer empuje justiciero de un grupo juvenil, siendo substituída por otra, formada, en una buena parte, por elementos de reconocida competencia, y, lo que es mucho más importante, ha conseguido, para dentro de breve plazo, la electividad de dicha institución por sufragio de los directamente interesados.

En estos momentos de intensa expectativa, que hacen esperar el comienzo de una nueva era en nuestro desenvolvimiento artístico, aparece en escena una figura de excepción: Rogelio Iruetia.

Nuevo Ulises de una epopeya estética, regresa nuestro héroe después de varios lustros de ausencia, nimbado con una fama casi legendaria de triunfador, trayéndonos, a guisa de precioso botín, más de un centenar de cajones, conteniendo su enorme producción.

Casi ignorado para sus propios compatriotas, Iruetia sólo ha dado a conocer aspectos parciales de su obra; pero todo cuanto hemos visto salido de sus manos—desde sus trabajos iniciales—revela en él un temperamento casi genial y un concepto tan amplio e inteligente de la escultura, que permite sospechar el altísimo valor de las obras fundamentales que pronto expondrá entre nosotros.

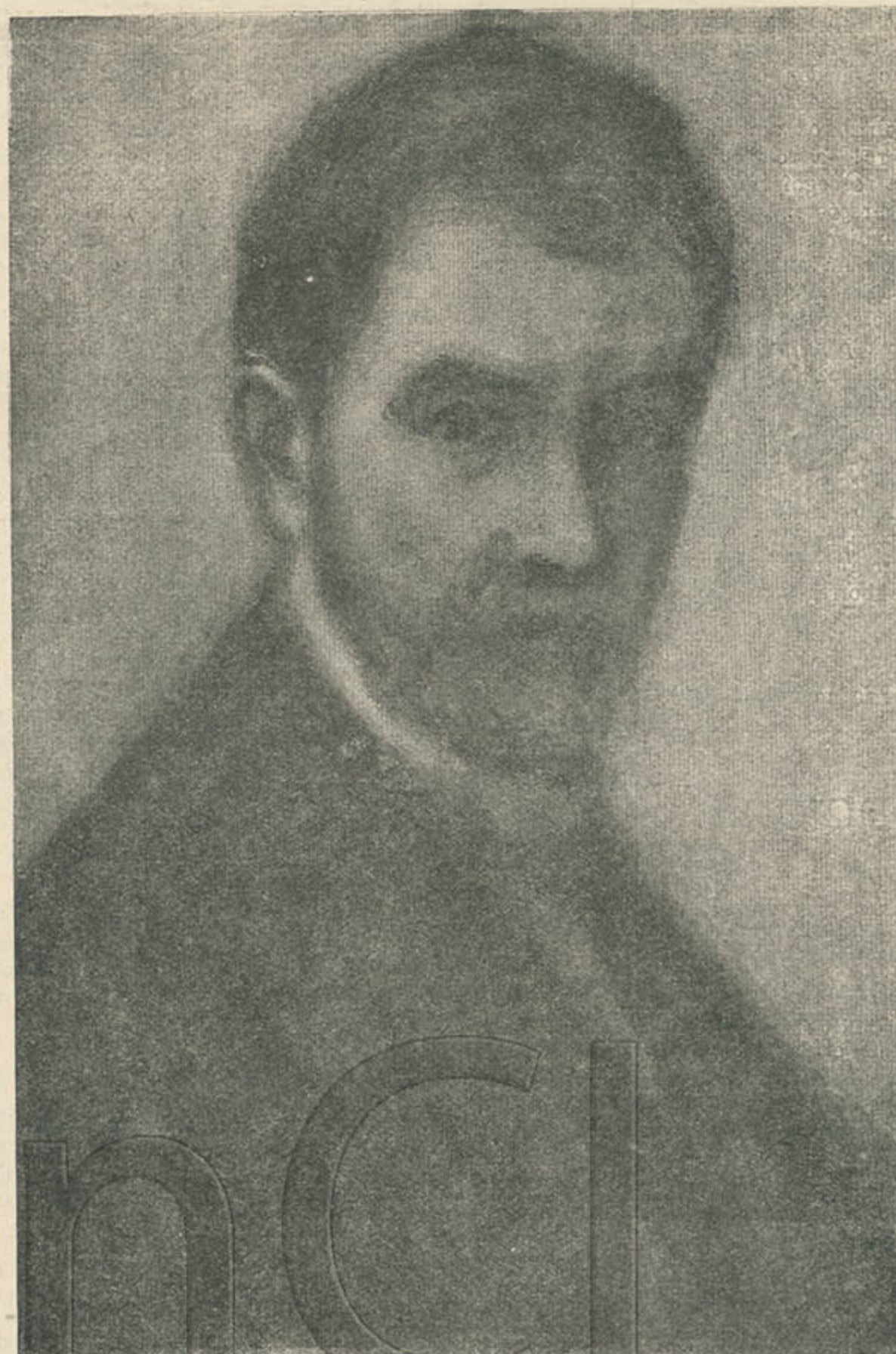
Encauzado por rutas de sano clasicismo, se ha dedicado Iruetia, con un reconcentramiento extraordinario, al cultivo de su robusta personalidad, indiferente a las luchas violentas que a su alrededor libraban los paladines de las nuevas tendencias estéti-

cas. Y tanta es la seguridad de haber emprendido el rumbo adecuado a su temperamento que, más que impasible, Iruetia ha contemplado con un gesto despectivo la obsesión libertaria de algunos grandes maestros modernos. No quiere decir esto, ciertamente, que esté su obra exenta de inquietudes. Por el contrario, tanto lo que de ella conocemos como las propias declaraciones del autor, revelan un constante afán, casi torturador, por encontrar una forma de expresión más perfecta. Recién ahora—nos dijo Iruetia, el día que le visitáramos en nombre de CLARÍN—creo que podré realizar algo que me satisfaga plenamente. Bastan estas palabras, pronunciadas después de tantos años de labor, para demostrar su continuo deseo de superación. Y nosotros las subrayamos con especial intento para demostrar que anteriormente sólo nos referíamos a su orientación estética.

Caso extraordinario de reconcentración, el suyo. Los que fuimos a verle creyendo poder apreciar en sus palabras, como en una cátedra amplia y comprensiva, el comentario, imparcial, tolerante y completo del movimiento artístico europeo, recibimos no poca sorpresa, cuando de boca del maestro vimos salir, a veces con estrechez dogmática, juicios desfavorables, casi siempre injustamente desfavorables, para algunas figuras descolantes que hace tiempo adoramos en los altares de nuestro espíritu.

Pero esta circunstancia que podría amenazar el prestigio de un artista de otro temple, enaltece aún el nombre de Iruetia. Y no pretendemos con estas palabras, aparentemente paradójicas, hacer un elogio altisonante; a todas luces innecesario, para quien, como él, alcanzó ya los más altos elogios a que pueda aspirarse. Es que la obsesión de la deshonestidad y de la mistificación—hoy desgraciadamente tan en boga—le lleva a la intolerancia y a la intransigencia. La prédica constante de un sano ideal le conduce al error de desconocer méritos ajenos, y a esto únese, todavía, ese alejamiento en que el afán obsesionante de crear, le ha hecho vivir. Por eso cuando en nuestro interior sentimos que una opinión suya levanta serias resistencias, una voz oculta nos habla de las sorpresas que nos reservan aquel centenar de cajones, los cuales encierran su producción de más de 20 años de trabajo, y un estremecimiento corre, entonces, por nosotros, como ante el anuncio de un maravilloso alumbramiento, aumentando la profunda admiración que el artista nos merece.

E Iruetia llega al País con rara oportunidad. Alguna vez le hemos reprochado su voluntario alejamiento que dejaba nuestro arte en triste situación de abandono: hacia el exterior, abierto a la piratería pseudo artística de los Benlliure, Querol, Falguéire, Coutan, Lagae, Eberlein, etc., que llenaron sus bolsas, especulando con la ignorancia de nuestras autoridades y de nuestra metálica aristocracia; en nuestro propio medio, permitiendo que, en nombre del arte, medrara la audacia de Drescos y de Collivadinos. Y le hemos reprochado a él,



(Cárbon de Antonio Sibellino)

porque para corregir tal situación es menester el esfuerzo de una personalidad del relieve de la de Iruetia, porque como el estado cultural de una sociedad no puede cambiarse de un momento para el otro, se hace necesaria una figura que pueda ejercer una verdadera autoridad intelectual.

Por eso se nos ocurre que el voluntario ostracismo de Iruetia ha de ser provechoso. Al alejarse de su País para triunfar en el extranjero, él ha acertado, evidentemente, y torpes hemos sido los que le reprochábamos tal actitud. El llega ahora en son de guerra y si persiste en su propósito ha de salir airoso de la brega, porque el prestigio de que viene revestido es armadura invulnerable, y el alto mérito de su obra ha de ser arma eficazísima en sus manos.

Así vemos que ha comenzado pidiendo el sitio que actualmente ocupa un malísimo monumento de factura extranjera para ubicar uno suyo. Y esto debe de hacerse. Es necesario, es imprescindible que se haga.

Hay que demostrar así, con un hecho material, que no todo lo extranjero es superior a lo nuestro. Ese llamado «monumento» a los Dos Congresos tiene que desaparecer,

iniciando una campaña de saneamiento estético que debe llevarse hasta el fin. Decorosamente, sólo podemos tolerar en nuestros paseos obra categoría Meunier, Rodin, Drievier, etc., por no citar más que de los ya existentes.

Iruetia se ha propuesto demostrar la indiscutible superioridad de un grupo numeroso de artistas argentinos jóvenes—que no gozan de la consideración de nadie—sobre la gran mayoría de los malos autores extranjeros que encuentran aquí excelente mercado para la venta de sus lucubraciones. Y tiempo es ya de que esto suceda; continuar en este estado es prolongar la tradición cultural del antepasado aborigen que cambiaba los metales preciosos del suelo nativo por espejos y cuentas policromadas que le traían aventureros de tierras extrañas.

E Iruetia está en el deber de perseverar hasta obtener el triunfo.

El reúne todas las condiciones necesarias de prestigio, de talento y de energía, y hasta el prematuro encanecimiento de su barba le presta la eficacia que da el rojo a la manzana.

Francisco de Aparicio

Electorería

por Ada Velmar

LOS partidos que podríamos considerar populares, aquellos que más directa y honestamente representan a las clases productoras y que, por eso mismo, están en mejores condiciones para salvar el país, transformarse, no sabemos si por personales conveniencias de sus directores o si por «circunstancias sociales» que no alcanzamos, en partidos que persiguen exclusivamente el triunfo electoral y que sólo dan formales indicios de existencia poco antes de la elección.

La obra cultural—difícil y penosa, es cierto, pero no por eso menos indispensable y fecunda—; el diario despertar de conciencias por la prédica permanente y tenaz; la labor encaminada a convertir en hombres y ciudadanos conscientes y libres a los súbditos y pobres de espíritu que andan por esos mundos hablando de libertad y de justicia; lo que llamaríamos *la siembra*, no se realiza, o por lo menos no se realiza como debe realizarse.

Nos sentimos satisfechos con mil o cinco mil sufragios más, sin preocuparnos seriamente en formar la conciencia de los votantes, que, a causa, precisamente, de su inconsciencia, responden hoy a un partido y mañana a otro.

Hay que trabajar con amor y bien la tierra para arrojar luego nuestra semilla y recoger más tarde—no importa saber después de cuántos sacrificios y de qué derrotas electorales que pueden muy bien ser morales victorias,—frutos lozanos.

Cada hombre, es decir, cada conciencia que logremos despertar y cada mente que consigamos iluminar, valdrán por cien, por mil votantes indecisos y de ocasión.

Un hombre libre, un hombre libre que ha hecho de la libertad el fundamento y el fin de su vida, es invencible, por lo mismo que puede sacar intacta su libertad aún en los ambientes sociales más tiránicos y aplastadores. Un votante del momento es un elemento con el que nos será imposible contar para ninguna empresa alta y de aliento.

En manos del hombre libre y culto el voto es una arma eficaz; en las del noventa por ciento de los electores de hoy, un naipe sometido a las contingencias del juego.

De ahí que pensemos que los partidos realmente populares han equivocado su camino cuando les vemos actuar con tan brioso entusiasmo antes de la elección, mientras durante el año poco o nada hacen, con excepción de uno que otro movimiento que pasa inadvertido porque no es posible despertar con cohetes a esta pobre gente nuestra que recién se acuerda de abrir los ojos al décimo cañonazo...

Sí. En vísperas electorales se dan conferencias—electorales, claro está,—se imprimen periódicos, se habla de programas, se hacen manifestaciones y hasta se expone la vida...

Cuando habría que trabajar no se hace nada, y aquellos que, próxima la elección, pasan las noches en vela y se desgañan gritando, prefieren cruzarse de brazos o se limitan a este o aquel acto, que nos resultan bostezos de aburridos o piruetas en vacaciones.

Hay que estar despiertos y de pie todo el año, siempre. Estamos en la obligación de no silenciar nada, de vivir siempre alerta, de mejorarnos y mejorar. Soldados que preparan, día a día, en una porfiada obra de amor, de verdad y de belleza, la gran batalla...

Que cada conciencia argentina esté permanentemente encendida y al rojo, presta a

defender y a atacar, a destruir y a construir. El día en que el país sea todo él, por la capacidad y la libertad de sus hombres, una llama viva de altivez y de cultura, ¡qué gran día! ¡qué hermosa y fecunda obra podremos hacer!

Hay, pues, que ser y no parecer.

¡Las mujeres! Otra vez nos ocuparemos expresamente de ellas y de la parte que les corresponde en esta obra, pero adelantamos hoy que, sin dejar de reconocer que es bárbara e inaceptable la esclavitud a que la condenan las leyes, es aún más inaceptable y bárbara la esclavitud moral en que ella, casi siempre por su voluntad, vive.

Ni marimachos ni mogigatas: mujeres. Mujeres que sean, antes que nada, por sobre todo, madres: madres de hijos, autoras de hombres. Madres siempre, en todas partes. Trabajando junto a los hombres como mujeres. Sin novelarías vargavilesas y sin aspavientos de beatas histéricas. Sin candidaturas y sin discursos ridículos. Como madres.

Sacrificándonos, si el caso llega, por lo que sentimos y sabemos la verdad y la jus-

ticia. Los que prefieren callar cobardes o asumen ciertas actitudes para mejor pasarlo, no pueden concebir lo bello que es, qué íntima alegría se experimenta al salir, como caballeros sin tacha y sin miedo—y sin dinero!—a romper lanzas contra la ignorancia, el egoísmo, la estulticia entronizada y directora.

Eso: mejorarnos y mejorar.

Política no quiere decir mercado de votos o agencia de bancas parlamentarias. Eso es electorería.

Política para todo hombre bien intencionado, debe ser alta y permanente empresa de civilidad.

Escriba Unamuno no hace mucho:

«¿Ir al Parlamento? ¿Para qué? Adonde hay que ir es al pueblo, para enseñarle y para aprender de él, para decirle la verdad y para saber la verdad de cómo vive».

Y—agreguemos—para que deje de ser un ható de borregos.

Ada Velmrr

Olavarría, marzo de 1920.

Crónica Internacional

por

Luciano Luciérnaga

Wilson y el conflicto del Adriático

La lucha entre la nueva y la antigua concepción de la política internacional va siguiendo su curso impacientante. Sigue el forcejeo entre la política wilsoniana por un lado, que quiere concluir con los compromisos subterráneos, antidemocráticos y canchalescos que hasta ahora guiaron a las relaciones de los estados entre sí, y, por el otro, los gobernantes europeos que se obstinan en la pretensión de mantener, en servicio de las conveniencias de la Finanza, esa clase de convenios, que tan sangrientos y ruinosos resultados trajeron para los pueblos.

Esa lucha ya fué ardorosa en las conferencias que dieron por consecuencia el ambiguo tratado de Versalles. En el sensacional libro de Mr. John Maynard Keynes, quien actuó como representante oficial de la Tesorería británica en la conferencia de la paz y en el Consejo supremo económico, cargos que renunció asqueado de los manejos que allí veía, dice que «los comentaristas alemanes podrán mostrar, sin gran esfuerzo, que el Tratado constituye una violación de los compromisos contraídos, y una inmundicia internacional sólo comparable a la por ellos mismos cometida en la violación de Bélgica».

«No puedo describir—dice, refiriéndose a la deliberación sobre el capítulo de Reparaciones,—la interminable controversia. Llena de intrigas entre los aliados mismos, que al fin culminó en el Capítulo de Reparaciones en su forma definitiva. Pocas negociaciones en la Historia habrán sido tan tortuosas tan miserables, tan absolutamente poco satisfactorias para todos. Dudo que ninguno de los que hayan tomado parte en ese debate, pueda recordarle sin vergüenza».

Habla también del dramático duelo entre la concepción wilsoniana de la paz, amplia, elevada, magnánima, reposando sobre una visión humana de la guerra, y la concepción de Clemenceau (la paz que el autor llama *cartaginesa*), que no vio en la guerra más que una lucha entre Francia y

Alemania, que no veía en la paz más problema que el de reducir a Alemania a la impotencia y dotar a Francia de todos los medios para impedir un nuevo ataque de su rival. Política ésta, propia de un hombre cuyas más vivas impresiones están en el pasado, no en el futuro, y que ni cree, ni desea, que nos encontremos en los umbrales de una edad nueva.

Estas apreciaciones son aplicables con más agravantes aún al caso de Fiume y a la política ya fracasada que llevaron los señores Sonnino y Orlando. Ese caso constituye punto decisivo de la lucha ideológica. Según caiga de un lado o de otro su solución, así será la pauta a seguir sobre la de muchas otras cuestiones.

Wilson afronta con su última nota la lucha final y de lleno contra todos los estadistas aliados juntos. Si Wilson vence vendrá sin duda una revisión del tratado de Versalles. Aunque, a la fecha en que este comentario se escribe, no se han dado a publicidad los documentos pertinentes, ya se percibe que quizá los gobiernos aliados tendrán que ceder.

Esperaremos. Pero no hay duda que la nota wilsoniana ha sacudido a la diplomacia europea como quien sacude una alfombra vieja.

Sobre Rusia

Se va confirmando el fracaso de las tentativas de socialización industrial, del que ya dieron cuenta anteriormente algunos artículos de «The Economist». Un telegrama reciente, auténtico en apariencia, informa de que un decreto del gobierno maximalista ha abolido el control de las fábricas y demás empresas industriales, por los consejos de obreros. Dice el decreto que dos años de experiencia han demostrado que esa intervención de los consejos conducía a las fábricas a la ruina y el desorden.

Se dice que esto ha desconcertado mucho a los socialistas italianos que se aprestaban a imitar la organización de consejos de obreros implantada por la revolución rusa.

Pero este serio contratiempo de la ideología marxista y sindicalista no significa, seguramente, un fracaso de la revolución maximalista en conjunto, pues, como ya empiezan a llegar de allí noticias libres de la metódica adulteración que sobre ellas ha ejercido hasta hoy la censura aliada, vamos conociendo impresiones como las de un correspondiente del «New York Times», quien dice haberse encontrado en Rusia con personas amables, de feliz aspecto y de agradable humor, en lugar de los furibundos facinerosos que esperaba hallar a su paso.

Puede colegirse que lo que ha salvado a Rusia ha sido la supresión —o al menos relativa (ya veremos) de la propiedad privada de la tierra.

En cambio ha sido total el desastre de la política aliada frente al problema ruso.

Así se reconoce en algunos comentarios de la revista «España» donde dice: «También ha fracasado la política de los aliados respecto a Rusia. Toda ella se ha revelado como una gran equivocación además de una gran injusticia... El bolchevismo triunfa en Rusia. Se sostiene no sólo por la dictadura de los Soviets, sino por la voluntad de una inmensa masa campesina. De ahí la fuerza de su resistencia. Un espíritu distinto del de Europa después de la guerra anima a Rusia. Un espíritu nuevo... Y acaso venga de Oriente la paz».

Opiniones muy significativas en una revista que hasta hace pocos meses ha combatido a la revolución rusa, en nombre de un aliadismo bastante corto de entendederas.

En la provincia de Salamanca se prohibió la exportación de carne y bajó su precio desde 4 pesetas a 1 peseta el kilo.

Aquí sigue subiendo, porque el gobierno no se le anima a los estancieros. ¿Por qué no se pone siquiera un fuerte impuesto a la exportación?

Errando puntería

Los diputados uruguayos y socialistas señores Frugoni y Mibelli, alarmados por la suba de los alquileres, han presentado un proyecto «estableciendo que el precio actual del alquiler de las viviendas, así como el de los predios destinados en sus dos terceras partes a la agricultura, y el de las propiedades utilizadas por el estado, no podrá ser aumentado; rigiendo, al efecto, los precios que regían hasta el 31 de octubre de 1919».

No se han dado cuenta los autores de este proyecto de que, si se aprobara y pusiera en vigor, los propietarios cobrarían oficialmente el alquiler fijado, pero exigirían *privadamente* a cada nuevo inquilino, una cantidad de dinero como prima o flave del arriendo. Y al poco tiempo estaríamos otra vez en las mismas o mayores alturas que mediante la libre transacción.

¿De qué nueva cataplasma echarían mano los señores Mibelli y Frugoni contra esa estratagema?

En cambio el batllista señor Mula ha preparado otro proyecto para abaratar los alquileres en Montevideo, y consiste en cargar con un impuesto a los terrenos baldíos, para inducir a sus dueños a que los edifiquen. Ese es el camino inteligente. Sólo habiendo más casas podrán abarataarse.

Hay tres clases de hombres cuya existencia nos es ininteligible: la del asesino, la del que firma una sentencia de muerte y la del que firma una declaración de guerra.

Luis ARAQUISTAIN.

Derechos del Ideal

por

Charles Ephraim

«Serás lo que debes ser y si no, no serás nada».

TODAVIA no se defienden bastante los derechos del Ideal. Digamos la verdad: después de la Revolución, después de la opresión y la fatiga de la tiranía, sólo hemos querido trabajar tranquilamente, descansar y pasarlo bien.

Se ha empezado a hacer de la Argentina un país de industriales solamente... se ha querido hacer de cada sudamericano un industrial... se ha querido imitar del modo más servil el espíritu sajón, ahogar el espíritu latino en un utilitarismo que por más que admiremos todo lo que merece, no tendrá raíces en nuestra raza.

Y todavía no se ha protestado bastante violentamente contra tal vergüenza...

¿Puede darse nada más cobarde?

¿No es ésto rebajarnos a los ojos mismos de los sajones, y de los Estados Unidos sobre todo?...

¿Qué hombre libre no se siente humillado por tal pretensión?...

Todo hombre, como todo pueblo joven, se encuentra en la vida ante este dilema: rebelión o sumisión. No vacilemos en instante: es preferible sumergirse a flotar como restos de naufragio.

Necesitamos un cambio absoluto y fundamental. Necesitamos un nuevo criterio de apreciación.

No queremos tristezas, no queremos comprensión pasiva y tolerante, no queremos escepticismo sabio y amable... a la moda.

Estamos cansados de tantas virtudes civilizadas, mujeriles y blandas.

Queremos rebelión: rebelión sana, joven, fuerte, honda.

Queremos Revolución contra el espíritu de lucro, contra la ambición material considerada como fin último de la vida.

Queremos combate continuo, incansable contra el espíritu de la época, contra el rumbo que llevamos que somete para todos «las actividades morales a las materiales».

Pero no necesitamos especificarlo. Ya sabemos de qué se trata. Nos conocemos bastante. Todos conocemos el ave negra que se nos atraviesa a cada momento en medio del camino.

Sólo nos queda ahora uno: combatir valientemente, decididamente. No vacilar más, no dudar más, no soñar más. Que el Espíritu sea en adelante nuestra mayor arma.

Defendamos los ideales eternos de la Humanidad, llámense Patria, Arte, Moral, Justicia, Religión, Amor.

No nos queda otro camino: seguirlo o no. No hay sacudimiento social que no pueda curarse por la simpatía y la unión.

Vayamos a la muerte o a la gloria, la confraternidad nos ayudará siempre a cumplir nuestro destino, a ser lo que debemos ser, sea cual sea...

Debemos quererlo, sea cual sea.

Unámonos con el pueblo. Seamos todos y cada uno el pueblo argentino, por encima de toda cuestión local.

Las palabras del Cabildo el 25 de Mayo de 1810: «¿Dónde está el pueblo?», son altamente significativas.

Que no sea necesario ahora «tocar generala o la campana del Cabildo», como se contestó entonces para saber dónde está.

Sí. Que no sea necesario tocar la fibra política o militar. Que el verdadero patriotismo no se esconda, pues no ofende nunca a ningún pueblo libre de la tierra.

Pero sobre todo no nos avergoncemos miserablemente de nuestra raza latina queriendo ser una mala copia de los sajones.

¿No han tenido los pueblos latinos siempre los más altos ideales?...

Debemos dar cuenta a España y Portugal de la herencia histórica que nos legaron: de sus glorias, sus hazañas y conquistas; de sus grandes poemas épicos; de su arte pictórico y teatral, de su nobleza que eleva los sentimientos del pueblo... que están entre las primeras de Europa.

A Italia y a Francia de su Renacimiento y su Revolución.

¿No son éstas las cumbres del genio latino, que hacen honor a toda la Humanidad?

¿Qué pueblo del mundo puede dudarlo?

¿Y debemos renunciar a nuestros rasgos propios, varoniles, para imitar virtudes extrañas?...

¿Dónde están los instintos del año 1806?

¿Dónde están los instintos de la Revolución de Mayo... el único hecho de que podemos estar realmente orgullosos... lo único que hemos hecho al fin?...

Necesitamos sembradores de ideas que sepan recoger las de los primeros años de nuestra Libertad y continuar la Revolución en lo espiritual sobre todo, repartiéndola generosamente al pueblo, excitando los sentimientos de Democracia y Amor, de Trabajo y de Cultura que todos tenemos...

El problema económico no es como se ha creído el problema más importante del país...

Reaccionemos finalmente: los problemas del comercio, de la exportación e importación, de las rentas del Estado... de la riqueza, en fin, no son los primeros... no son los más importantes... Escuchen, señores... no son los más importantes.

Antes están los problemas del alma, de la elevación y cultura del pueblo.

Es falso pretender llegar antes a un grado de riqueza para ocuparse después de la inteligencia. Es falso. Lo referente al Espíritu es siempre lo primero.

Nuestro país no está tan miserable para pretender justificar la indolencia más grave con tan vulgar excusa.

No se trata de satisfacer las necesidades materiales; eso es humano e incontestable. Pero es que aquí se quiere el lucro como finalidad única de la vida.

Se rinde culto a la riqueza, se desdennan los verdaderos bienes... y pretendidos maestros y educadores son cómplices del vulgo... contra todos.

Reaccionemos contra la tendencia que quiere hacer de la Argentina el país de la plata (del latín: Argentum, plata)...

Queramos para nuestro país y para la América latina el destino más alto y glorioso.

Queramos ante todo, la Libertad de ideas, de espíritu, aunque sea necesario renunciar al bienestar material y a la comodidad tan ambicionados hoy.

Arrojemos a los mercaderes del templo. Seamos lo que debemos ser.

Ni mendigos

ni millonarios

Por lo demás, yo no veo por qué la exhibición de mendigos ha de constituir un bochorno mayor que la exhibición de millonarios. Si la miseria es una vergüenza, la riqueza tiene, forzosamente, que ser otra. Si se oculta a los pobres, que se esconda también cuidadosamente a los ricos.

Y esta es la idea que yo propongo desde aquí: asilarlos a todos, ricos y pobres, lo más lejos posible de las grandes ciudades, o no asimilar a ninguno. Sería idiota el que ante un mendigo cubierto de pústulas pensáramos que nuestra sociedad está muy mal organizada, y que ante el propietario de veinte millones de pesetas, la creyéramos organizada perfectamente. Los extranjeros no es fácil que incurran en semejante contradicción. Sobre todo, los rusos.

Para acabar con la miseria no hay más que un procedimiento: acabar con la riqueza. Y mientras no se acabe con la miseria, hay que dejar tranquila a la mendicidad. La mendicidad es algo así como la libertad de imprenta de los pobres. Algunos dicen que hay pobres muy ricos. Puede ser. Puede ser que haya quien se las eche de pobre, como hay quien se las echa de rico; pero lo indudable es una cosa: que si los pobres prefieren la calle al asilo, es porque en el asilo se encuentran peor que en la calle. Que se les proponga hospedarlos en el Ritz y veremos cómo ninguno protesta.

Por lo que respecta a los pobres, la verdad es que deben mendigar y que a nosotros no nos conviene que mendiguen. Mendigando nos sacan más dinero que asilados, y nos lo sacan sin darnos, a cambio, ningún placer más que ese placer tan vago y tan relativo de hacer buenas obras. Asilados, les daríamos menos dinero y se lo daríamos comiendo grandes comidas benéficas, bailando el *fox-trot* o jugando al *baccarat*. Y si les decimos a los pobres que los asilos son muy cómodos, no es pensando en la comodidad de ellos. Los asilos de pobres, en efecto, sólo son cómodos para los ricos.

Julio Camba

Leo que hay una juventud conservadora. Pero no cabe en cerebro humano pensar una juventud sobrado prudente, discreta, reposada, calculadora, fría, poniendo paz entre los combatientes e invocando el único fanatismo que no puede sentir: el del orden.

No; la juventud tiene algo más que hacer, que conquistar puestos, asegurar prebendas, mirar por el día, que acaso no llegue, de mañana. Para ella deben ser los lugares de peligro, los enardecimientos impersonales, los no superados altruismos.

Antonio ZOZAYA.

Subrayamos

Palabras de Rodó

Tanto se ha escrito acerca del ilustre autor de «Motivos de Proteo» que poco nuevo podríamos agregar nosotros acerca de él. Menos aún en estos días en que la repatriación de sus restos, aviva el intenso dolor que su muerte prematura produjera a toda la juventud hispano-americana.

Ningún homenaje, pues, más digno de su memoria, que la religiosa recordación de algunas de sus palabras perdurables, pronunciadas por boca de Ariel:

ANTE la posteridad, ante la historia, todo gran pueblo debe aparecer como una vegetación cuyo desenvolvimiento ha tendido armoniosamente a producir un fruto en el que su savia acrisolada ofrece al porvenir la idealidad de su fragancia y la fecundidad de su simiente. Sin este resultado duradero, humano, levantado sobre la finalidad transitoria de lo útil, el poder y la grandeza de los imperios no son más que una noche de sueño en la existencia de la humanidad; porque, como las visiones personales del sueño, no merecen contarse en el encadenamiento de los hechos que forman la trama activa de la vida.

Gran civilización, gran pueblo — en la acepción que tiene valor para la historia, — son aquellos que, al desaparecer materialmente en el tiempo, dejan vibrante para siempre la melodía surgida de su espíritu y hacen persistir en la posteridad su legado imperecedero — según dijo Carlyle del alma de sus héroes, — como una nueva y divina porción de la suma de las cosas. Tal, en el poema de Gosthe, cuando la Elena evocada del reino de la Noche vuelve a descender al Orco sombrío, deja a Fausto su túnica y su velo. Estas vestiduras no son la misma grandeza; pero participan, habiéndolas llevado ella consigo, de su alteza divina, y tienen la virtud de elevar a quien las posee por encima de las cosas vulgares.

Una sociedad definitivamente organizada que limite su idea de la civilización a acumular abundantes elementos de prosperidad, y su idea de la justicia a distribuirlos equitativamente entre los asociados, no hará de las ciudades donde habite nada que sea distinto, por esencia, del hormiguero o la colmena. No son bastantes, ciudades populosas, opulentas, magníficas, para probar la constancia y la intensidad de una civilización. La gran ciudad es, sin duda, un organismo necesario de la alta cultura. Es el ambiente natural de las más altas manifestaciones del espíritu. No sin razón ha dicho Quinet que «el alma que acude a beber fuerzas y energías en la íntima comunicación con el linaje humano, esa alma que constituye al grande hombre, no puede formarse y dilatarse en medio de los pequeños partidos de una ciudad pequeña». Pero así la grandeza cuantitativa de la población como la grandeza material de sus instrumentos, de sus armas, de sus habitaciones, son sólo medios del genio civilizador, y en ningún caso resultados en los que él pueda detenerse. De las piedras que compusieron a Cartago, no dura una partícula transfigurada en espíritu y en luz. La inmensidad de Babilonia y de Nínive no representa en la memoria de la humanidad el hueco de una mano si se la compara con el espacio que va desde

la Acrópolis al Pireo. Hay una perspectiva ideal en la que la ciudad no aparece grande sólo porque prometa ocupar el área inmensa que había edificada en torno a la torre de Nemrod; ni aparece fuerte sólo porque sea capaz de levantar de nuevo ante sí los muros babilónicos, sobre los que era posible hacer pasar seis carros de frente; ni aparece hermosa sólo porque, como Babilonia, luzca en los paramentos de sus palacios losas de alabastro y se enguinalde con los jardines de Semíramis.

Grande es en esa perspectiva la ciudad, cuando los arrabales de su espíritu alcanzan más allá de las cumbres y los mares, y cuando, pronunciando su nombre, ha de iluminarse para la posteridad toda una jornada de la historia humana, todo un horizonte del tiempo. La ciudad es fuerte y hermosa cuando sus días son algo más que la invariable repetición de un mismo eco, reflejándose indefinidamente de uno en otro círculo de una eterna espiral; cuando hay algo en ella que flota por encima de la muchedumbre; cuando entre las luces que se encienden durante sus noches está la lámpara que acompaña la soledad de la vigilia inquietada por el pensamiento y en la que se incuba la idea que ha de surgir al sol del otro día convertida en el grito que congrega y la fuerza que conduce las almas.

Hubo en la antigüedad altares para los «dioses ignorados». Consagró una parte de vuestra alma al porvenir desconocido. A medida que las sociedades avanzan, el pensamiento del porvenir entra por mayor parte como uno de los factores de su evolución y una de las inspiraciones de sus obras. Desde la improvisación oscura del salvaje, que sólo divisa del futuro lo que falta para el terminar de cada período de sol, y no concibe cómo los días que vendrán pueden ser gobernados en parte desde el presente, hasta nuestra preocupación solícita y previsora de la posteridad, media un espacio inmenso, que acaso parezca breve y miserable algún día. Sólo somos capaces de progreso en cuanto lo somos de adaptar nuestros actos a condiciones cada vez más distantes de nosotros, en el espacio y en el tiempo. La seguridad de nuestra intervención en una obra que haya de sobrevivirnos, fructificando en los beneficios del futuro, realza nuestra dignidad humana, haciéndonos triunfar de las limitaciones de nuestra naturaleza. Si por desdicha la humanidad hubiera de desesperar definitivamente de la inmortalidad de la conciencia individual, el sentimiento más religioso con que podría sustituirla sería el que nace de pensar que, aun después de disuelta nuestra alma en el seno de las cosas, persistiría en la herencia que se transmiten las generaciones humanas lo mejor de lo que ella ha sentido y ha soñado, su esencia más íntima y más pura, al modo como el rayo lumínico de la estrella extinguida persiste en lo infinito y desciende a acariciarnos con su melancólica luz.

El porvenir es, en la vida de las sociedades humanas, el pensamiento idealizador por excelencia. De la veneración piadosa del pasado, del culto de la tradición por una parte y por la otra del atrevido impulso hacia lo venidero, se compone la noble fuerza que, levantando el espíritu colectivo sobre las limitaciones del presente, comunica a las agitaciones y los sentimientos sociales un sentido ideal. Los hombres y

los pueblos trabajan, en sentido de Fouillée, bajo la inspiración de las ideas, como las irradiaciones bajo la inspiración de los instintos, y la sociedad que lucha y se esfuerza, a veces sin saberlo, por imponer una idea a la realidad, imita, según el mismo pensador, la obra instintiva del pájaro que, al construir el nido bajo el imperio de una imagen interna que le obsede, obedece a la vez a un recuerdo inconsciente del pasado y a un presentimiento misterioso del porvenir.

Eliminando la sugestión del interés egoísta de las almas, el pensamiento inspirado en la preocupación por destinos ulteriores a nuestra vida, todo lo purifica y serena, todo lo ennoblece, y es un alto honor de nuestro siglo el que la fuerza obligatoria de esa preocupación por lo futuro, el sentimiento de esa elevada imposición de la dignidad del ser racional, se hayan manifestado tan claramente en él, que aun en el seno del más absoluto pesimismo, aun en el seno de la amarga filosofía que ha traído a la civilización occidental, dentro del loto de Oriente, el amor de la disolución y la nada, la voz de Hartmann ha predicado, con la apariencia de la lógica, el austero deber de continuar la obra del perfeccionamiento, de trabajar en beneficio del porvenir, para que, acelerada la evolución por el esfuerzo de los hombres, llegue ella con más rápido impulso a su término final, que será el término de todo dolor y toda vida.

Pero no, como Hartmann, en nombre de la muerte, sino en el de la vida misma y la esperanza, yo os pido una parte de vuestra alma para la obra del futuro. Para pediroslo, he querido inspirarme en la imagen dulce y serena de mi Ariel. El bondadoso genio en quien Shakespeare acertó a infundir, quizá con la divina inconsciencia frecuente en las adivinaciones geniales, tan alto simbolismo, manifiesta claramente en la estatua su significación ideal, admirablemente traducida por el arte en las líneas y contornos. Ariel es la razón y el sentimiento superior. Ariel es este sublime instinto de perfectibilidad, por cuya virtud se magnifica y convierte en centro de las cosas, en arcilla humana, a la que vive vinculada su luz, la miserable arcilla de que los genios de Arimanes hablaban a Manfredo. Ariel es, para la Naturaleza, el excelso coronamiento de su obra, que hace terminarse el proceso de ascensión de las formas organizadas con la llamarada del espíritu. Ariel triunfante, significa idealidad y orden en la vida, noble inspiración en el pensamiento, desinterés en moral, buen gusto en arte, heroísmo en la acción, delicadeza en las costumbres. El es el héroe epónimo en la epopeya de la especie; él es el inmortal protagonista; desde que con su presencia inspiró los débiles esfuerzos de racionalidad del hombre prehistórico, cuando por primera vez dobló la frente oscura para labrar el pedernal o dibujar una grosera imagen en los huesos de reno; desde que con sus alas avivó la hoguera sagrada que el arya primitivo, progenitor de los pueblos civilizados, amigo de la luz, encendía en el misterio de las selvas del Ganges, para forjar con su fuego divino el cetro de la majestad humana, hasta que, dentro ya de las razas superiores, se cierne deslumbrante sobre las almas que han extralimitado las cimas naturales de la humanidad; lo mismo sobre los héroes del pensamiento y el ensueño, que sobre los de la acción y el sacrificio, lo mismo sobre Platón en el promontorio de Sunium, que sobre San Francisco de Asís en la soledad de Monte Albemba. Su fuerza incontestable tiene por impulso todo el movimiento ascendente de la vida. Vencido una y mil veces por la

indomable rebelión de Calibán, proscrito por la barbarie vencedora, asfixiado en el humo de las batallas, manchadas las alas transparentes al rozar el eterno esterco de Jobs, Ariel resurge inmortalmente, Ariel recobra su juventud y su hermosura, y acude ágil, como al mandato de Próspero, al llamado de cuantos le aman e invocan en la realidad. Su benéfico imperio alcanza, a veces, aun a los que le niegan y le desconocen. El dirige a menudo las fuerzas ciegas del mal y la barbarie para que concurren, como las otras, a la obra del bien. El cruzará la historia humana, entonando, como en el drama de Shakespeare, su canción melodiosa, para animar a los que bajan y a los que luchan, hasta que el cumplimiento del plan ignorado a que obedece le permita — cual se liberta, en el drama, del servicio de Próspero, — romper sus lazos materiales y volver para siempre al centro de su lumbré divina.

Aun más que para mí palabra, yo exijo de vosotros un dulce e indeleble recuerdo para mi estatua de Ariel. Yo quiero que la imagen leve y graciosa de este bronce se imprima desde ahora en la más segura intimidad de vuestro espíritu. Recuerdo que una vez que observaba el monetario de un museo, provocó mi atención en la leyenda de una vieja moneda la palabra *Esperanza*, medio borrada sobre la palidez decrepita del oro. Considerando la apagada inscripción, yo meditaba en la posible realidad de su influencia. ¿Quién sabe qué activa y noble parte sería justo atribuir, en la formación del carácter y en la vida de algunas generaciones humanas, a ese lema sencillo actuando sobre los ánimos como una insistente sugestión? ¿Quién sabe cuántas vacilantes alegrías persistieron, cuántas generosas empresas maduraron, cuántos fatados propósitos se desvanecieron, al chocar las miradas con la palabra alentadora, impresa como un gráfico grito, sobre el disco metálico que circuló de mano en mano?... Pueda la imagen de este bronce — troquelados vuestros corazones con ella — desempeñar en vuestra vida el mismo imparete pero decisivo papel. Pueda ella, en las horas sin luz del desaliento, reanimar en vuestra conciencia el entusiasmo por el ideal vacilante, devolver a vuestro corazón el calor de la esperanza perdida. Afirmado primero en el baluarte de vuestra vida interior, Ariel se lanzará desde allí a la conquista de las almas. Yo le veo, en el porvenir, sonriéndose con gratitud, desde lo alto al sumergirse en la sombra vuestro espíritu. Yo creo en vuestra voluntad, en vuestro esfuerzo, y más aún en los de aquellos a quienes daréis la vida y transmitiréis vuestra obra. Yo suelo embriagarme con el sueño del día en que las cosas reales harán pensar que la cordillera que se yergue sobre el suelo de América ha sido tallada para ser el pedestal definitivo de esta estatua, para ser el ara inmutable de su veneración!

El Ateneo Universitario trata de robustecer un sentimiento sano y amplio de argentinidad para que de él surjan, por extensión, generosos impulsos de solidaridad universal. Repudia a aquellos que medran a la sombra de la bandera y no admite, de ningún modo, que, dentro del país, se establezcan odiosas diferencias de nacionalidad.

El Ateneo Universitario considera funestas para la sociedad el clericalismo, el militarismo y la burguesía.

De las orientaciones y propósitos del Ateneo Universitario.

El régimen maximalista

"Afianzar la justicia..."

Tanta calumnia volcaron sobre el gran experimento ruso los brigadieres del capitalismo y los socialistas aburguesados, que ahora resulta difícil tarea corregir los juicios estafalarios de la multitud. Sin embargo, como es menester corregirlos a fin de que la verdad se abra camino, — cosa que, felizmente, ya está sucediendo, — creemos que nada sea tan eficaz como reproducir opiniones de hombres eminentes y de probada universalmente reconocida. Hoy comenzamos con una breve transcripción de Barbussé, el ilustre autor de «El infierno», «El fuego» y «Claridad».

«Cualesquiera que sean nuestras ideas personales sobre el régimen político y social, cesemos, si deseamos no caer en vergonzoso ridículo, de juzgar el bolshévismo a través de lo que nos ha sido expuesto hasta ahora por las informaciones oficiales, manifiestamente mentirosas, (los hechos cien veces lo han probado), o por las formaciones oficiosas, a todas vistas interesadas. Tengamos el buen sentido de comprender que es pueril recoger la palabra de orden sobre esta cuestión gigantesca de M. Clemenceau o de M. Pichon (que tan a menudo han demostrado su poca clarividencia y su espíritu antidemocrático), o de diarios siervos de la alta finanza, o de parte de esos ex-funcionarios y magnates, despojo del régimen caído, refugiados en París y que pretenden representar al pueblo de todas las Rusias. No sigamos escuchando a los demócratas o socialistas antibolshévicos (los Kerensky, los Tchernov, los Savinkoff, etc.), adversarios a priori que aportan a las polémicas sus rencores de partidos desposeídos; ni a los agentes chismosos que llenan una función retribuida; ni a los traidores extraviados cuya lista ya sería extensa.

Los desórdenes, las exacciones o las violencias que se reprochan al gobierno de los Soviets, son, la mayor parte de las veces, o bien provocados por los Partidos de la oposición (anarquistas que saquean o individuos de la derecha que «sabotean»), o bien inventados de *tontespèces*, o bien falazmente abultados y generalizados groseramente por las grandes voces mentirosas de la prensa francesa.

Ese cúmulo de testimonios es incapaz de impedir que se reconozcan por la opinión occidental los nobles e inteligentes progresos tentados y realizados en tal o cual dominio de la actividad social, por ejemplo, en Instrucción Pública o en Bienestar Público, bajo la impulsión de Lunatcharsky y de Alejandra Kollontai.

En cuanto a los malos resultados económicos del bolshévismo (admitámoslos hasta que no haya pruebas en contra), no es equitativo adjudicarlos al pasivo de los bolshévicos. ¿Qué de convincente se puede concluir acerca de una experiencia de esta envergadura, tentada en semejantes condiciones, por un poder acechado por una conspiración constante, minado, espiado, traicionado por todas partes, en medio de una población diezmada por las epidemias, muerta de hambre, asesinada en masa por el bloque de la Entente, y, finalmente, invadida por los cañones, las ametralladoras y las bayonetas de las potencias que se dicen «democráticas»? Reprochar al leninismo los males que sufre el pueblo ruso, es dar muestra, en verdad, de un espíritu crítico bien mediocre o de una temeraria hipocresía.

(Para los electores del domingo, — y a título de simple información, — transcribimos el siguiente artículo que tomamos de un diario de la Capital):

«La lectura de una carta que desde el depósito de menores de la calle Sáenz Peña dirigió días atrás a un fiscal cierto infeliz niño allí encarcelado, determinó a tres miembros de la judicatura del crimen a realizar una inspección en dicha alcaidía. El espectáculo que se ofrecía era en extremo revelador. En un calabozo indecible, de escasas dimensiones, sin aire ni luz, se hallaban alrededor de 50 criaturas, de distintas edades, confundidas en un hacinamiento inaceptable. La visión carcelaria, no obstante sus gruesos caracteres, era, con pocas variantes, la misma que los ojos de aquellos visitantes habían contemplado en muchas anteriores ocasiones, en sus periódicas recorridas por los encierros de niños. Era la misma realidad cruda que otrora impulsara a esos jueces a enviar insistentes comunicaciones al P. E., requiriéndole la adopción de arbitrios que diesen en tierra con tanto oprobio.

Pero esta vez los miembros de la judicatura no sólo disponían del atributo de formular requerimientos ante el P. E. Tenían en sus manos el manejo de una ley bienhechora, la de patronato de menores, que no quiere que los niños se perviertan en cárceles intolerables. Y de ahí que, sin titubear, el fiscal solicitara inmediatamente del juez la liberación provisional de todas las criaturas recluidas, pues si el país carece de reformatorios adecuados, la nueva ley impide el encarcelamiento de niños en un cuadro como el de la alcaidía de referencia. El dictamen, expresión fiel de un sincero estallido de conciencia, fué aceptado sin pérdida de tiempo por el juez.

En cumplimiento del fallo, esos seres indefensos recobraron la libertad. Y si alegra el gesto de la justicia, apenas señalar que haya sido ineludible adoptarlo por virtud de la crónica inercia gubernamental, que, inconsciente de lo que significa el cuidado de los niños sin hogar en una sociedad en formación, no se apresta a resolver este problema de los reformatorios, que está entregado, por ahora, merced a esa incuria, a la solución que brinde la iniciativa privada.

Un linco

EL candidato socialista, doctor Mouchet, ha dicho en un reportaje de «La Vanguardia» (pero recién ahora) que cree en el triunfo de los bolcheviques. ¿Qué me dicen de la penetración? ¡Fínísima ¿no?

Pues, eso no es nada. Fíjense qué manera de manejar el escalpelo:

«Lenin es un hombre inteligente; de vistas claras y muy preparado en cuestiones sociales».

¿Quién iba a decir!...

También se nos descubre ahora como simpatizante con los bolcheviques. Ha esperado a que triunfen del todo, para simpatizar. Este rico tipo (como sus compañeros de «La Vanguardia» que ahora están publicando artículos a favor de la revolución rusa) son de esa clase de bravos que corren en auxilio del vencedor.

Lo más cínico es que todavía espera que el triunfo de los maximalistas rusos refluirá en beneficio del Partido Socialista de aquí, en estas elecciones.

Hay cada Judas con cada cara... durísima!

C. V. D.

"VIRTUS"

Revista argentina de bibliografía. Se publica mensualmente con información completa de todo el movimiento bibliográfico argentino y extranjero.

"Virtus" se edita lujosamente en fascículos no menores de 32 páginas y se remite gratis a quien la solicite.



ab imo
pectore

Editorial
"VIRTUS"
Esmeralda 70
Buenos Aires